

cuando atravesaban camillas con heridos que se conducían al hospital.

A los barrios lejanos se trasladaba el movimiento, las tiendas tenían mayor tráfico, las pollas daban á luz sus vestidos domingueros, y los vecinos entablaban diálogos de balcón á balcón inquiriendo noticias.

Las calzadas que conducen á los pueblos de los alrededores, se llenaban de emigrantes á pie, á caballo, en carros, en coches, en burros; transportando colchones y jaulas, falderos y cuadros de santos; pero todo con aire de fiesta, entre carreras y cantos, comiendo y bebiendo . . . é interrumpiéndose con ayes de dolor al oír lejano el estampido del cañón. Por supuesto que en los pueblos, el solaz era más expansivo y casi se temía el restablecimiento de la paz. Ésta en aquella vez se recobró, yéndose el Presidente triunfante al convento de San Agustín, mientras se reparaban los desastres causados por la revuelta en el Palacio Nacional.

---

Mis penas se multiplicaban, la enfermedad de la señora mi madre se había agravado á un extremo horrible, y sobre mis perseguidos amores soplabá huracán espantoso.

No obstante, el 28 de Agosto se acercaba, y era el gran día, el día de la distribución de premios del colegio, las candidaturas de oradores volaban en todas direcciones, formando partidos y provocando reyertas; los poetas templaban sus liras y prorrumpían en can-

tos, con la esperanza de obtener permiso de leer en los pueblos, sacudíanse mantos y bonetes, y penetraban al interior del colegio los criados para llevar los equipajes de los chicos, porque terminados los exámenes comenzaban las vacaciones.

Los muchachos designados para premio, se pavoneaban dándose importancia; los no premiados, censuraban á catedráticos y réplicas; achacaban á favores y serviles ocultos las preferencias, y los más saboreaban con anticipación los placeres de las vacaciones, mascando papel, haciendo con su masa muñecos que lanzaban y pegaban á las vigas, quedando danzando en el aire, y de cuya costumbre jamás pude alcanzar la significación.

Los premios se verificaban en el General de la Universidad, que era un espacioso salón ancho y con ventanas altas que derramaban bastante luz.

En el fondo del salón se extendía amplísima plataforma con gran dosel, severos sillones de terciopelo y vaqueta, y en el centro una gran mesa con su crucifijo y un gran tintero de plata en el centro, compuesto de tres piezas en forma de parrillas (tintero, marmaja y obleas) y coronado con una campanilla de plata. En la solemnidad que describo, la mesa la ocupa el Presidente de la República, y á su lado se veía al Rector del Colegio, al Secretario, y una mesa con libros, estuches y dibujos que era en lo que consistían los premios.

En los lados del salón, y en el centro, corría tras elegante barandilla una sillería rica, sobre la cual se os-

tentaban enormes cuadros de doctores y sabios pálidos, mal encarados y de trajes variados de dignidades eclesiásticas forenses y médicas.

El centro lo ocupaban hileras de asientos dispuestas como las butacas de un teatro.

Pegado al muro, al frente de las puertas, dominante y majestuosa se alzaba la cátedra, que era como un enorme púlpito cuadrado, teniendo por techo un cuadro de madera con el símbolo del Espíritu Santo, entre ráfagas de oro.

En el fondo del salón, y alzada como cuatro varas sobre el piso, veíase la tribuna ó jaula cuadrilonga con sus celosías y cortinas, preparadas para las personas de la más alta distinción.

Aquel día reverberaba el salón con grandes uniformes, plumas y espadas, borlas de doctores, hábitos azules, blancos, carmelitas y negros con cruces rojas, y en el centro padres de familia, señoras de saya y mantilla y un hervidero de cabezas de niños de cabello peinado, vestidos con listones y bordados, y ojos curiosos en espera del espectáculo.

En las tribunas, los ojos lindos, los cuellos de alabastro, los rostros de ángel entre perlas, diamantes, plumas y gasas, embelesaban.

Al conjunto de lujo animadísimo é interesante, le daban realce las bancas de los premiados, situadas bajo las tribunas, al frente del sendero que corría hasta la mesa en que estaba el Magistrado Supremo, distribuidor de los premios. Dos músicas militares coloca-

das fuera del salón, completaban esta función tierna é inolvidable para los que la disfrutamos en la juventud.

Como decía poco antes, mi situación era desesperada, y yo deseaba á tuertas ó derechas salir de ella. Además de la Memoria sobre el estado del colegio, se designaban personas para discursos y versos; y una de estas personas fué Manuel Tossat Ferrer, buen chico, condescendiente y tímido, enemigo de darse á luz. Yo tenía hecho mi cálculo y me decía: á la primera que me toque, suelto una arenga de diez mil demonios contra el primero que me ocurra y, ó me persiguen, y esto me quita de acreedores, compromisos y empeños que me ahogan, ó me procura protección de alguno, y cátese Ud. á Periquito hecho fraile, como dice el refrán.

¡La persecución! ¡El odio del tirano! ¡El canto al son de la cadena y al través de las rejas de la cárcel!... ¡Aquello era divino! Las viejas y viejos: «no te expongas, ¡no des una pesadumbre á tu madre!» Los pollos: «¿quién fuera tú?» Los compañeros, con admiración y sorpresa de tener lado á lado un remedo de Pedraza y Rejón. ¡Sueños encantadores! Aspiraciones con mucho de disparatado y audaz; pero iluminadas por la gloria, por la sed del renombre, embelesado con el miraje de una mansión de amor y en contacto con aquellas inteligencias glorificadas por mi sincera admiración.

Con estas ideas abordé á Ferrer, que así llamábamos á Ferrer por cariño, y le propuse me cediése su pue-

to para hablar en su lugar, dándole la mitad de las galas y gajes. Accedió Ferría gustoso, ya por su carácter, ya porque, cómplice venéreo de Juan Lacunza, no dejaba poner pie en postura á las actrices, bailarinas y coristas del teatro de los Gallos, en que imperaba Romana Manito, sin rival para las Magdalenas y manolas.

Ocupéme con ardor de la reparación de mi equipaje averiado y en situación decadente y ruinosa.

Me lavé, me empomadé, me convertí en el manequí de mis amigos, de los cuales, uno yergue mi corbata con un periódico, el otro restrega mis borceguíes hasta que quedan como espejos; aquel quiere peinarme con agua de linaza para amansar la rebeldía de mi cabello, mientras otro, con polvos de tortilla me invita á que restituya á mis dientes su blancura.

Yo era feliz con la pedantería consiguiente á mi escaso chirumen y pocos años: con un falso testimonio levantado á Aristóteles ó á Séneca, con tres versos rojos de Quevedo, una cita de Homero, otra de Virgilio, y poner de oro y azul al primero que caía en mis manos, fuera Shakespeare ó Corneille, el Dante ó Niceto de Zamacois, creía que no me daban al tobillo ni los siete sabios de la Grecia.

Compaginé mi discurso diciendo que el Gobierno, sin saber de la misa á la media, ni conocer la tendencia progresista, ni terapéutica, arquitectónico y funámbulo del siglo, nos estaba perdiendo, y era fuerza clamar muy alto contra el cetro del centralismo, y no sé cuántas blasfemias más.

La declamación, gesticulación y acción teatrales, las había dirigido Juan Lacunza, habituado á ensayar los coloquios de los diablos en el teatro de los Gallos.

Sonó la hora deseada; después de un golpe de música que dejó electrizados á los circunstantes . . . y he ahí que me toca mi turno. Desde el principio me disparé como un energúmeno y embestí contra tirios y troyanos atropellando en mi furia armas y letras; Gobierno, Administración, Clero y cuanto á mis mientes se vino, con un gesticular, un manoteo y un ir y venir en la cátedra como un endemoniado.

El público comenzó curioso, siguió espantado, y, al último me tocaron al orden, y bajé entre miradas iracundas, risas reprimidas y estupefacción de mis catedráticos y compañeros; y no era murmullo confuso el que me seguía, eran exclamaciones, reproches é injurias, que al ser pedradas, me hubieran lapidado como á un San Esteban.

Al descender, muy bonitamente se me acercó el Jefe de la Policía ordenándome que al siguiente día me presentara, al obscurecer, al señor Presidente en su residencia de San Agustín.

Aquello fué el colmo de la felicidad. ¡Qué emoción para mi futuro suegro! ¡Qué chasco para mis ingleses! ¡Qué posición tan dramática para mi adorada y para mí!

«No temas, mi adorada,  
Te cantaré en mis penas  
Al son de las cadenas  
Del bárbaro opresor.»

Era el Sr. Gral. Bustamante de mediana estatura, grueso pero esbelto, carirredondo, de ojos pequeños, frente ancha y cuadrada y los labios un tanto contraídos hacia adentro. Al andar ponía las puntas de los pies hacia afuera, comunicándole movimientos de garbo y zarandeo.

Hablaba como prolongando las palabras, y tenía la manía de darse con la palma de la mano golpecitos en el vientre.

Presentéme con cierto encogimiento á S. E.

—¿Qué hay, hombre?—me dijo—¿Qué se ofrece?

—Vengo al llamado de V. E.

—Vamos, amigo.... (después de examinarme un rato) ¿Realmente me cree Ud. ese gobernante cruel y descuidado de la instrucción pública?

Yo guardé silencio; pero no las tenía todas conmigo....

Como recordará el lector, el señor Presidente había trasladado su habitación al Convento de San Agustín y ocupaba la celda del Padre Provincial. En aquellos momentos de silencio oía de un modo extraño el rodar de los coches, los gritos de las vendimias de la calle, pero como quien está delante de un toro.

Al ver mi silencio, me dijo el Sr. Bustamante con suma dulzura:—Quiero que esto de Ud. sea como si hablase solo para oír toda la verdad: nada tema Ud.

Alentado entonces, le hablé todo lo que había retenido de mejor en las conversaciones de mi maestro; muy respetuoso, pero sin encogimiento; muy enérgico

pero sin insolencia. La sorpresa, la ira contenida, la sonrisa de benevolencia aparecían en su semblante....

Cuando descendí á mi personalidad, no sé por qué se me vino á las mientes la musa jovial, y le pinté mis cuitas, mis suegros y amoríos: de modo que reíamos como dos colegiales y como si se tratara de confidencias picantes.

—Conque Ud.—me dijo—Ud. me cree ese Minotauro de que hablan los periódicos, y sin esperar respuesta gritó: ¡López! ¡López! (vino López.)

Este López era un negrazo alto, seco y pasudo, su asistente íntimo.

—Pone Ud. una cama en mi cuarto para el señor, Ud. le obedece y hace saber que se le obedece porque es como mi hijo (yo escuchaba asombrado) llame Ud. al Sr. Yari.

El Sr. Yari (griego de nacimiento) hombre muy serio, trigueño y semicalvo, era el secretario.—Presentóse.—Este joven (señalándome) queda aquí en la Secretaría á mis inmediatas órdenes y le da Ud. de lo mío cien pesos mensuales (como es natural, abrí tamaño ojos); además, pone Ud. un acuerdo para que el Sr. Jiménez le nombre redactor del *Diario Oficial*, con la dotación asignada (ciento cincuenta pesos)..... Bueno! bueno, hombre, y me tendió la mano. ... Yo estaba anonadado queriendo llorar y hacer no sé cuantas barbaridades.

—¡López! López... Vamos á almorzar, caballero... Yo estaba como soñando; salimos de la celda Pre-

sidencial y entramos á otra, fría, enlosada, desnuda, con una raquílica mesita de palo blanco con su mantel albeando y lujoso y el servicio de cristal y loza del Paraíso que era tan elegante como propia.

Cuando entramos al comedor, esperaban de pie D. Valente Mejía, Jefe de su Estado Mayor, moreno, carirredondo, chiquitín, alegre y franco; Fernando Urrea, ayudante, alto, seco, simpático, de acento veracruzano, tartamudo y gracioso; S. Yari y Dn. J. Tejada, ayudante de guardia muy pulcro, con sus charreteras y cordones, su gola reluciente y su sable marino de vaina de acero.

El Sr. Bustamante era callado pero afable, gustaba de promover conversaciones alegres de buena sociedad que interrumpía con algún chiste; hablaba con suma reserva de sus viajes, adoraba en el Sr. Iturbide y refería con naturalidad las hazañas de sus compañeros.

Comía poco; era, como se decía, muy afecto á los huevos tibios que saboreaba y revolvía con paciente curiosidad; no imponía su opinión jamás, se confesaba ignorante y tenía un ideal militar, según el Marqués de San Miguel, y le enamoraban los hombres de energía y resolución. Dudaba de sí, y si le persuadía el ajeno consejo, le exageraba con ardor convirtiendo muchas veces en crueles sus resoluciones.

Su probidad en materia de dinero llegaba al quijotismo.

Hablábase de que no era insensible á los atractivos de la beldad, y se decía que en la frontera quedaban

ejemplares vivos de su culto al amor, así como en París otro ejemplar al cuidado de Andrés Ocegüera, su pariente, que era un tipo de que me ocuparé más tarde.

Terminado el almuerzo, me volví con el Presidente á nuestra habitación.

Lo mismo á la siesta que en la noche, el Sr. Bustamante dormía por intermitencias de cortísimos intervalos y seguía una conversación con el mejor humor del mundo.

—No sería malo, me dijo, hiciese Ud. una visita al Sr. Gondra, de quien tiene Ud. mucho que aprender y va á ser amigo y compañero... ¡Vamos, hombre! tome Ud. de allí dos ó tres pesos para la bolsita... (señalando en un ropero). Entre cuatro y cinco viene Ud. á comer.

Salí á la calle como quien despierta de un sueño, sin darme cuenta de mis impresiones, y pasaban como en remolino mis amores, mis esperanzas, mi vanidad. Ya me venían ímpetus de gritar á todo el mundo: «Aquí va el favorito del Presidente,» y me veía con mi cohorte de chicos alegres, de chinas zalameras y de viejas ladinás y curiosas; ya pensaba en mi María y mi madre contentas; pero con la adivinación de la ternura temiendo que entraran en una vida azarosa y llena de peligros.

Busqué al Sr. D. Isidro Rafael Gondra, y me dijeron que entre dos y tres de la tarde que comía en su casa (calle de Montealegre, hoy casa del Sr. Dublán), era la hora cierta de hallarlo.

Fuí á la casa, anunciéme, estaba comiendo con su familia; dije que esperaría y un criado salió á instarme para que entrase.

A la cabecera de la mesa estaba el Sr. Gondra con un alto de periódicos á la izquierda que parecía destinados á leer á la vez que comía.

Era entonces el Sr. Gondra un hombre de unos cincuenta y cinco á sesenta años, enjuto de carnes, pequeño de cuerpo como exprimido y encallejonado, con una levita negra que denunciaba cierto abandono.

Los ojos pequeños, la nariz abultada, los labios sin arte al saludarle cariñosos; su voz era dulcísima, y sus maneras apacibles. En el fondo de su aspecto, se distinguía tristeza profunda, que al mismo tiempo que le conquistaba simpatía, le alejaba de toda confianza.

En el curso de la comida pude notar al hombre fino y caballeroso, de mansedumbre grande y de aspiraciones bondadosas y llenas de cariño. Pero esas prendas estaban como realzadas en un hastío, en una indiferencia por todo, que helaba la sangre.

—Ud. perdonará, me dijo, que me haya tomado la licencia de llamarlo aquí; pero se me ha retardado el trabajo y ya Ud. lo ve, tengo que revisar, comiendo, los periódicos para que no se escape lo del día.

—Si Ud. gusta, yo leeré, para que coma Ud. con más libertad.

—Acepto el favor de Ud.

Tomé el primer periódico que encontré, y entre otras cosas, leí: —*El clérigo apóstata*; iba á pasar adelante,

y me dijo: no, lea Ud., eso es para mí. En efecto, era una tempestad de dictorios contra el redactor en jefe del *Diario*, con alusiones á su vida privada, con pinturas grotescas de su físico. . . . yo tragaba saliva y me detenía. Siga Ud., me decía impasible, y yo sudaba y me quería morir de vergüenza.

*Un masón de bonete.*—Eso es para mí también; y comía, comía aquel buen señor con inverosímil apatencia.

Yo tenía las lágrimas en los ojos, conocía que iba á entrar en ese martirio, y tal decepción caía sobre la carne viva de mis ilusiones.

*Monigote griego.* . . . También contra Gondra: aquello era horrible, y horrible porque en muchas ocasiones, fuera de la injuria, había razón. Gondra era un sabio, era un liberal eminente, de ideas luminosas y avanzadas, que la fatalidad, la falta de energía ó lo que se quiera le hacía defender lo que estaba acaso contra su conciencia, entregando á discreción su talento á personas que tenían menos instrucción y valía que él; pero comprendidas en los fueros de la ciencia infusa de los favorecidos de la fortuna y del poder.

Nada más llano para mí que el que pida remuneración un hombre por trabajar en apoyo de ideas acordes con la suya, esencialmente tratándose de política; pero alquilarse, venderse á los intereses contrarios á los dictados de nuestra conciencia, arguye desgracia suma ó perversidad punible.

Decíase que el Sr. Gondra había hecho brillantísi-

mos estudios encaminados á la carrera eclesiástica, hasta ordenarse de Evangelio. Circunstancias que no quise nunca profundizar, hicieron que pugnase por no seguir la carrera, é hizo esfuerzos por desligarse de sus votos; pero el poder inmenso del clero dió á sus gestiones carácter de apostasía y fué perseguido cruelmente, sufriendo prisiones, embarazando sus afanes para vivir independiente, escudriñando los más recónditos secretos de su vida íntima y envenenando estudios, afectos y hasta el aire que respiraba. Para escudarse contra las persecuciones, Gondra se hizo masón, se afilió en el partido exaltado y, al fin, buscando el arrimo del Gobierno, fuese el que fuese, fungía como redactor en jefe del *Diario*, cuando me le presenté.

La pasión dominante del Sr. Gondra era la instrucción pública, á la que prestó muy importantes servicios; tenía conocimientos variados en ciencias y literatura; pero, sobre todo, como encargado del Museo, recogió importantes manuscritos, hizo estudios arqueológicos preciosísimos y preparó materiales que han aprovechado después los dedicados al estudio de las antigüedades mexicanas.

En sus tareas sobre instrucción pública, colaboraba á los importantísimos trabajos de Espinosa de los Monteros, de Farías y de Buenrostro, siendo una verdadera calumnia el desdén con que, se dice, es visto este ramo por nuestros gobiernos.

La ninguna ó escasísima dotación de nuestros municipios y la centralización administrativa, son, en mi

juicio, las principales causas que producen ese atraso por mil títulos lamentable.

Despertaba en un mundo nuevo; mis recuerdos de hombres de campo y labradores ricos; mis relaciones de empleados y gente de poca fortuna; mi iniciación en el argot; las costumbres y las ceremonias públicas me hacían ver, como en sueños olímpicos, á esos hombres que pasaban del campo de batalla al Gabinete, y como quien adquiere por intuición, talentos, elocuencia, infalibilidad, disponían de la suerte de los pueblos y hacían de ellos cera y pábilos á su antojo.

Como era de rigor, me presenté al Sr. Lic. D. Juan de Dios Cañedo, D. Javier Echeverría, General Almonte y D. José María Jiménez.

El Sr. Cañedo, aunque de menos que mediana estatura, era bien cortado y enhiesto, la piel blanca y fina, el hablar sabroso é insinuante, la mirada indagadora y persuasiva, nariz larga y barba hundida, dándole tono su rostro lampiño y su gesto de anciana despejada y parlanchina.

En la tribuna, más que orador era un conversador fácil, luminoso y lleno de gracia; su inteligencia perspicaz y su mundo, así como sus trajes, le daban grande superioridad, y era de esos hombres que los conocimientos que poseen los amplían, acomodan y gastan con tan raro tino, que parecen caudales abundantes los recursos de que echa mano su inteligencia.

Era con los amigos, franco y festivo; con las damas,

de urbanidad exquisita, aunque se conocía el imperio que ejercía el sexo hermoso sobre su organización.

Pero lo que caracterizaba al Sr. Cañedo era lo fino de su crítica, lo delicado de su sátira, las salidas de su ingenio peregrino. En un día de Corpus en que era Ministro del General Victoria, le invitaron para comulgar dentro de la iglesia, y él dijo: . . . No, no lo acostumbro, con algún epigrama que le sacó del paso y le hizo célebre. Cuando se discutió la erección de un Panteón para los extranjeros, contestando á la oposición decía: ó los exportamos, ó los enterramos, ó nos los comemos. Y en cada una de estas suposiciones, llovían anécdotas, los chistes y agudezas, al extremo que no los votos, sino las carcajadas del público derrotaban á los adversarios del pensamiento.

En los teatros, en las cámaras, en las tertulias privadas había siempre un círculo alrededor del Sr. Cañedo, gozando, como de un agradable espectáculo, la conversación de aquel hombre notable.

La libertad y la democracia le debieron importantísimos servicios, y la probidad, unida al patriotismo, se han encargado de honrar su recuerdo. . . . Cañedo mereció varias veces el honor de los encomios del partido clerical, al que conocía y del que se burlaba.

Contraste del Sr. Cañedo era D. Javier Echeverría. Alto, cargado de hombros, anguloso, rubio, de pelo lacio y tirante como el tallo del trigo; frente ancha y rostro encallejado, mirada triste y recóndita, ropa holgada, las manos largas y huesosas, las piernas delgadas y

flojas de resorte. Su palabra breve y cortésima; pero aquel hombre era la bondad misma, próbido hasta realizar el ideal; generoso y recto, y de gran firmeza, cuando creía en su conciencia que defendía la justicia.

Sus conocimientos hacendarios eran escasos, pero aplicados con rectitud; era la educación del español económico y honrado, con el ojo al balance y la mira en el buen porte de los dependientes.

No obstante su educación en Veracruz y las tradiciones de aquel comercio, le procuraban aciertos en las cuestiones de comercio exterior y en el interior, comunicaban cierta pureza en las transacciones y cierta piedad con los pobres acreedores del Erario, que fueron muy benéficas al Gobierno del Sr. Bustamante.

La familia del Sr. Echeverría era distinguidísima, y de esa distinción que tiene por bases la probidad, la fina educación y el amor á lo bueno y lo bello.

Decíase que las señoras y señoritas le habían criado y educado en Jalapa, empapándose en aquella perfumada atmósfera de luz, de alegría y franqueza.

Tanto en la familia de Don Javier, como en la de Don Pedro su hermano, había estrellas de belleza de primera magnitud, y Rosarito Echeverría y su prima Javiera cintilan aún entre los recuerdos de galanes y trovadores de aquellos tiempos.

Cuerpo bajo y robusto, cabeza redonda y abultada, color moreno, ojos saltones, negros y penetrantes, tal era el aspecto del Sr. Lic. Don José M<sup>a</sup> Jiménez, nativo de Puebla.